

Novela de Mrs. Humphry
Ward

Ilustraciones de Pedro
Subercaseaux

DAPHNE

Traducida especialmente
para FAMILIA

(Continuación)

O UN MATRIMONIO A LA MODA

El joven estaba muy excitado y el vértice del montículo ó montaña que sus pensamientos estaban construyendo lo ocupaba ella. Daphne Floyd llenaba todo su ser psíquico en ese momento, provocando en él un estado de sensibilidad nerviosa extrema. De aquí que su pulso martillase, y sintiese despertar exacerbadas sus energías agresivas, dominantes, varoniles... El resumen histórico de las tres semanas precedentes, era bien sencillo por cierto. El había empezado por hacerle la corte en forma harto ostensible y correcta, "á la inglesa" naturalmente...

Su madre, su difícil situación, sus propias necesidades, le habían en cierto modo impuesto la adopción de tal temperamento; y él se había lanzado deliberada y resueltamente á la lucha, poniendo en ejercicio todos los medios de que disponía y que le podían asegurar el éxito, y estaba dispuesto á vencer. Ya era tarde para retroceder, pues ya él mismo se veía obligado á confesar que estaba interesada en el juego toda su individualidad psíquica. Pero con verdadero asombro pudo imponerse mucho más pronto de lo que él se imaginaba que la empresa no era irrealizable: todo dependía de él y solo de él; ella, muy voluntariamente se prestaba á envalentonar sus esperanzas; y esto, hay que declararlo muy alto, ésto lo desconcertaba; la presa se colocaba, sin esfuerzo, sin lucha casi, á su alcance, pero á qué precio... Ello ocurrió cierta tarde en que habiendo él sentido momentáneamente algo así como una especie de laxitud, de abandono, súbito debilitamiento en el dominio de sí mismo, ella le permitió ver claro en su inusitada dulzura, su mirada é inflexiones de su voz, el monto del "saldo favorable" de que él podía disponer en la arriesgada contabilidad por partida doble que ambos llevaban. Pero y ese pero era lo que lo mortificaba, simultáneamente con demostrar él esa falta de energía masculina que habría provocado la exteriorización de sentimientos hasta entonces cuidadosamente ocultos, se había revelado ella otra Daphne, voluntariosa, difícil, incomprensible. Más concesiones hacía él, más pedía ella. Y ya no se trataba siquiera de meros caprichos de niña mimada. El joven inglés solicitado por la fuerza de las cosas á tomar una parte tan activa en un juego que su británico modo de ser no aceptaba, jugaba torpemente y con temor, viendo en ello algo de mal agüero y de torcido. El preveía vagamente estar frente de un porvenir de tiranía de parte de ella y posible sumisión de parte suya, y su naturaleza septentrional, con su reserva, flemma y sensatez general empezó á rebelarse, manifestándose en la enorme disociación que siempre existiría entre su propio temperamento y los elementos de la naturaleza meridional de ella. El pudo medir en momentos de reveladora clarividencia las profundidades de esa naturaleza volcánica y primitiva y sus fibras británicas intentaron retroceder.

De manera que el porvenir consistía en someterse á ser embridado y tascar el freno. Daphne Floyd lo habría comprado con sus dollars y él tendría que pagar aquello á ese precio.

—Si me caso con ella seré yo quien será el amo, pese á su dinero. de su morbosidad general, se sublevaban para gritar: ¡Nó! ¡Nó! y Algo de impulsivo y de sano que aún conservaba él en medio ¡Nó! Pero luego venía el sofisma y él se hacía la siguiente reflexión:

Había una fuerza interna, algo de su subconciencia que irrum-pía en un formidable ¡nó! Si él llegaba á casarse con ella, sería él el amo, pese á su dinero. El se daba cuenta, aunque en forma algo vaga, de la fuerza de voluntad que formaba la nota dominante del carácter de ella, y no se le ocultaba que era esta rigidez y voluntariosidad, una consecuencia, lógica, necesaria del encarnizamiento de su vida; las circunstancias habían templado su carácter ya por temperamento firme é ingenioso. Pero estas reflexiones en vez de desalentarlo, muy al contrario, sólo lograron despertar en él ciertas vehemencias dormidas, cierta porfía é impaciencias, que por primera vez se ofrecían á su espíritu alarmado... De tal manera, que ahora ya puesto sobre aviso y libre hasta cierto punto de la soporífera acción del apasionamiento, empezó á resentirse de cada una de las pequeñas tiranías de ella, iniciándose entre ambos las escaramuzas del "tira y afloja" amoroso. Bien pronto surgieron algunas disputas, no de aquellas que se califican con el poético nombre de "nubes de verano", nó, eran más que desavenencias de enamorados: eran el resultado del choque de dos individualidades desemejantes. Y estas escenas se repetían por cualquiera insignificancia.

Daphne se mostró una vez más dura y provocativa, Rogerio dió pruebas de una calma é indiferencia absoluta... Es en este período en el que Mrs. Vernier se convirtió en una observadora llena de admiración por lo que ella llamaba la "táctica" del inglés. Pero ella no estaba impuesta de las pequeñas crisis que habían precedido á este estado de cosas...

Después aparecen en escena las Maddison, madre é hija, las "amigas de mi tutor", unas damas "encantadoras". Y por supuesto que él no podía dispensarse de cumplir con su deber de caba-

llero y de pupilo de un amigo de ellas. Al lado del afecto que profesaba á su madre y del que sintió por una hermosa vecinita, ocupaba un sitio muy preferente en el casillero de sus afecciones de la juventud, el recuerdo de cierto joven institutor de Eton, del tipo de esos excelentes educacionistas que por felicidad no son una excepción en Inglaterra, esos profesores, consejeros, tutores, etc., de la juventud educanda. Era éste un tal Herberto French y lo que Rogerio, con su natural pereza, indolente, debía al excelente French, sólo él lo sabía, y hay que hacer justicia, no lo olvidó nunca. ¿E iría él á desatender unas amigas del recordado French, y á mayor abundancia, á unas damas tan agradables? ¡Por cierto que nó! Pero tan pronto dió Daphne á Elsie Maddison y él hubo pedido su venia una tarde para acompañarlas á un paseo á que le habían invitado. Daphne se había puesto intolerable... Se había permitido tratarle á él y á sus relaciones en una forma tan hiriente y provocativa que la sangre del joven hervía cada vez que se recordaba de ello.

Si siquiera él estuviera enamorado de ella, santo y bueno. Puede que con tales arbitrios hubiera logrado intimidarlo, doblegándolo á su voluntad. Pero no había tal cosa; él no estaba ciego de amor por ella; no la veía al través de dorados mirajes; la veía á la clara luz del día. No obstante, ella lo atraía; él se sentía orgulloso de su conquista al mismo tiempo que el pensamiento de esa inmensa fortuna producía en él unos transportes de ilimitado regocijo mezclados con un secreto malestar.

—Si se casa conmigo, yo tengo la firme convicción de que seré para ella un excelente marido,—se repetía una y otra vez á sí mismo obcecadamente...—Lo quiero y lo puedo.

Pero, intantanto, ¿en qué pararía esta primera etapa de su "affaire"? Ella acababa de tratarlo, si se quiere, afrentosamente, en la Casa Blanca, y lo que era aún peor, en público... Era preciso definir la situación de una vez por todas y él estaba dispuesto á tratar el punto derechamente ó á manejarse de tal manera que fuera ella quien condujera la conversación al terreno requerido.

Se retiró bruscamente de la ventana lanzando afuera la colilla de su cigarro.

—Mañana me declaro lisa y llanamente, y ella tendrá que optar por aceptarme ó rechazarme definitivamente,—se dijo.

Empezó á medir la pieza á grandes pasos, satisfecho de sí mismo, vigorizado con sus reflexiones. En una de las vueltas su mirada cayó sobre una carta de Herberto French, que estaba sobre la mesa... La recogió y la leyó nuevamente, sonriendo ampliamente, con un regocijo sano, fresco, franco.

—¡El hombre está feliz!—se dijo á sí mismo.

Al dejar la carta en su sitio una sombra obscureció su rostro. Había algo en la carta, respiraba toda ella tal frescura, virilidad, lealtad, revelaba ella un idealismo tan independiente de las materialidades de la vida, de las especulaciones tras los dollars, que Rogerio sintió por un instante todo el peso de su situación. Pero reaccionando, volvió á repetirse á sí mismo, frunciendo el ceño:

—Seré un excelente esposo: ella no tendrá motivos jamás para sentir la elección hecha en mí para el compañero de toda su vida.

Al día siguiente un pie-nie entre el umbroso bosque del Potomac Superior reunió á la mayor parte de nuestros personajes. El día era hermoso, los bosques embalsamados por las suaves emanaciones de la flor y brote primaveral, y el arroyuelo, un poco crecido por el agua de lluvia, corría hacia el mar en un turbulento y gozoso despliegue de bravura...

El general, que ya tenía en su cartera su pasaje de regreso á Inglaterra, estaba de un humor envidiable por lo que tocaba á sus asuntos, pero siempre fastidiado por lo que concernía á los de su sobrino. Desde la última conversación de carácter confidencial, que tan poco satisfecho lo había dejado, y que había sido interrumpida tan inoportunamente por un amigo suyo, no había conseguido abordar nuevamente el tema aquél, pues Rogerio evitaba hábilmente toda conversación privada con su tío.

La fiesta era ofrecida por la esposa de un miembro del personal de la Embajada Francesa, una joven francesita, tan alegre, franca y fresca como sus guaguas y no menos culta y distinguida que cualquiera de las más aristocráticas damas de las cortes europeas. Una francesa con todo su "chic" y espiritualidad y está dicho todo. Ella había seguido con vivo interés la marcha del "affaire" Daphne-Rogerio. Según su criterio, Daphne debiera casarse, cuanto antes mejor, para tener á su lado el compañero y el celoso manipulador de sus millones, y Barnes, ese muchacho hermoso de anchas espaldas, aparecía á su imaginación como el prototipo del perro guardián ideal. Ella se había dado cuenta clara que algo de anómalo ocurría, pero su fina penetración se obstinaba en no querer ver relación alguna entre la anormalidad y el advenimiento de la hermosa Elsie Maddison. Como una deferencia muy especial á Daphne, tan sólo por complacerla, pues la estimaba muy de veras, madame de Frossac había invitado á Mrs. Vernier, porque sentía

una adhesión instintiva, algo así como un constante deseo de humillarla. Como temperamento de transición; para armonizar sus sentimientos con su natural corrección social, la trataba con una cortesía helada y puntillosa, que para cualquiera otra invitada que no fuera ella, hubiera sido considerada como un insulto con guante blanco...

Fué en vano que la dueña de casa y varios de los amables invitados intentaran tomar parte en el juego de Daphne. En primer lugar, no obstante las insinuaciones de muchos, ella rehusó categóricamente bailar. En seguida evitó de hecho todo acercamiento con Rogerio Barnes en forma notoria y pública, al mismo tiempo que sus mejillas se pintaban de su súbito rosa febril y su mirada adquiría un brillo inusitado. El sub-secretario se constituyó á firme en su caballero, secundándola admirablemente en su rol. Washington no sabía qué pensar. Pues, debido á esta obcecada actitud que asumía Daphne, la encantadora bostoniana, la otra "protagonista" del día, quedaba colocada necesariamente dentro del radio de acción obligado de la atención constante del joven Barnes; y el espectáculo

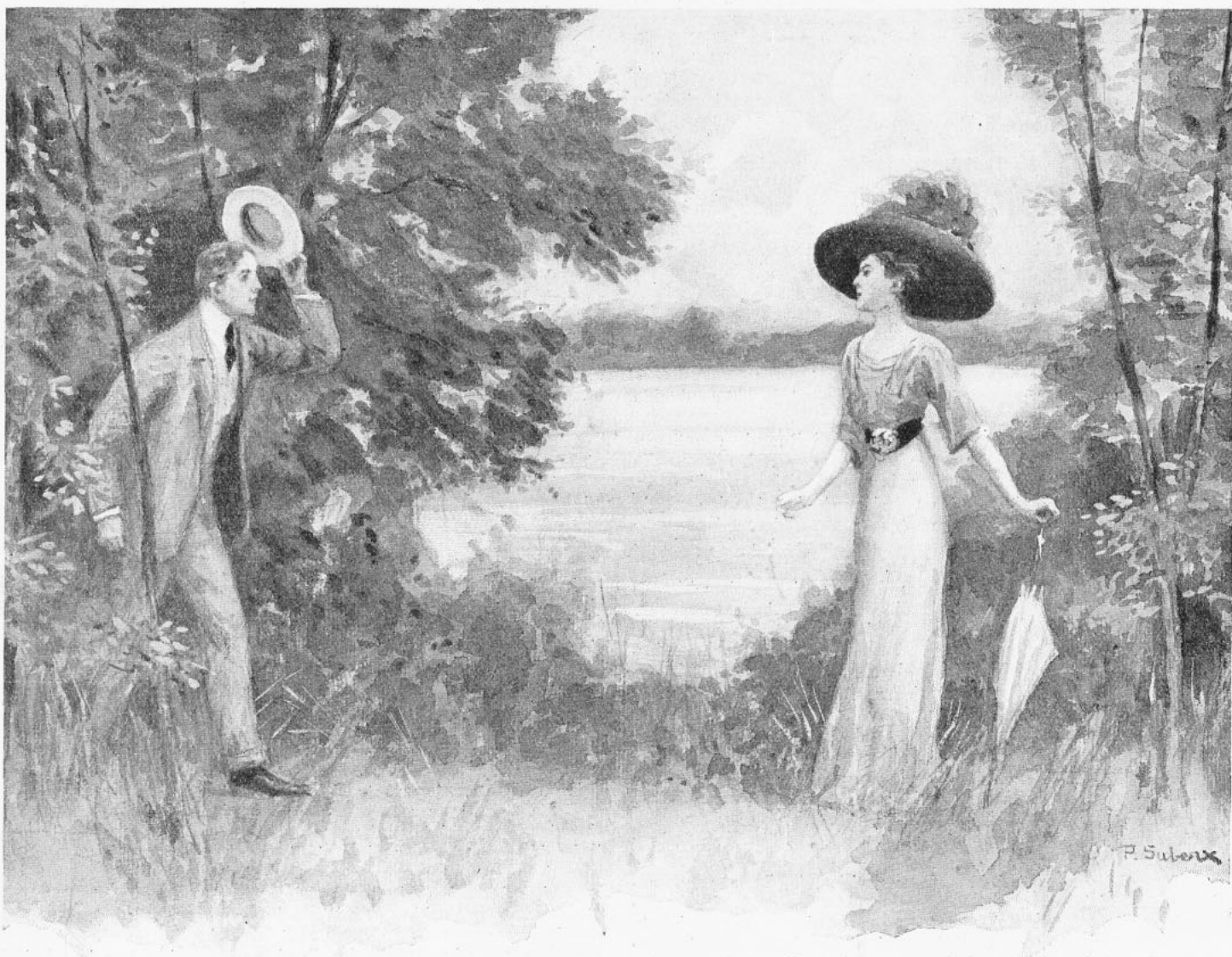
estaba furiosamente enamorada y destrozada por los celos, y que el amor y los celos pudieran tanto, produjeran tal escozor, se adhirieran de tal manera, era algo que constituía una extraña revelación para un sér acostumbrado á imaginar que el mundo era cera blanda para aquellos que pueden y saben manipularlo. Sus oscuros ojos se habían hundido, su linda boca estaba descolorida y todo en ella exteriorizaba ese quebrantamiento y depresión moral que conoció Teóerito Shepherd en sus amargos días en Sicilia. Se hubiera dicho que ella había desafiado á una deidad y que el castigo no se hubiera hecho esperar mucho por tal audacia.

De improviso, apareció él, la cruel divinidad, en forma humana. Se produjo un movimiento entre los mimbres que bordeaban el río. Rogerio Barnes emergió dirigiéndose decididamente hacia ella.

—He estado persiguiendo á usted durante todo el día,—dijo casi sin alientos, una voz que estuvo próxima á ella,—y por fin, consigo pillarla.

Daphne se irguió furiosa.

—¿Con qué derecho se permite usted perseguirme, como usted



—¿Con qué derecho se permite usted seguirme ó dirigirme la palabra?

de esa pareja, paseando por las avenidas, ambos del mismo alto é igualmente bellos y de la misma raza, complacía á la vez que desorientaba á todos.

Se tomó el "lunch" en una cabaña ó posada improvisada de las orillas del río, y en seguida se invitó nuevamente á dispersión general á través de las alamedas de la boscosa "montaña". Daphne y el sub-secretario encabezaban este paseo y ya se habían distanciado considerablemente del resto de la comitiva, cuando de pronto, el caballeroso funcionario público, con gesto de material desolación mira su reloj. Tenía una cita con el Presidente á una hora dada y su experimentado ingenio no le sugería recurso alguno para desinteresarse de este compromiso. No había otro remedio que ponerse en marcha en el acto, cortando el bosque por el camino más corto, en dirección á la estación más próxima, donde tomaría el primer tren que fuera á Washington.

Daphne, que experimentaba la necesidad de estar sola, deliberadamente exaltó aún más su tribulación y apresuró su partida. Le aseguró que los demás ya venían allí cerca y que nada le vendría mejor á ella que un corto descanso en el blando cojín de musgo que cubría una rosa, que parecía haber emergido ex-profeso allí mismo para ofrecerla asiento. Cuestión de minutos: sólo duraría aquello hasta que la alcanzaran los demás.

El sub-secretario, bruscamente transformado en el político celoso y ambicioso, la abandonó.

Daphne, tan pronto se vió sola se abandonó libremente á los sentimientos que estaban en armonía con sus pensamientos. Ella

dice, ó seguirme, ó dirigirme la palabra? Yo deseo no tener el menor contacto con usted, y así se lo he demostrado muy ostensiblemente.

Rogerio la miró intensamente. Había arrojado al suelo su sombrero, y ella veía destacarse su silueta del fondo radiante del bosque iluminado por los oblicuos rayos del sol, constituyendo un magnífico marco á su juventud y vigor.

—¿Y por qué lo ha demostrado usted?—Había un ligero temblor nervioso en su voz.—¿Qué delito he cometido? No me creo acreedor á este tratamiento. Usted empieza por tratarme como... como á un amigo—y luego me arroja de sí como á una brasa ardiendo. ¡Usted ha sido excesivamente cruel conmigo!

—No tengo el menor deseo de discutir con usted,—articuló ella exaltadamente.—Usted me estorba el paso, señor Barnes. Déjeme reunirme á los demás.—Y sacando una manita encantadora trató de hacerlo á un lado.

Rogerio vaciló, pero sólo un instante. Cogió esa mano, estrechó á su dueña entre sus fuertes brazos é inclinándose, la dió un beso en que condensó toda su pasión, todos sus anhelos y angustias. Daphne, sofocada, medio desvanecida á efectos de la ira y la emoción, se desprendió de él, tambaleando, y fué á caer más allá, cerca de un árbol, rompiendo en sollozos convulsivos.

Rogerio, rojo como una amapola, con los ojos fulgurantes de emoción, dobló una rodilla á su lado.

—¡Daphne, soy un miserable! ¡Perdón! ¡Se lo pido de rodillas! ¡Es preciso que usted me perdone, Daphne! Escúcheme: yo

deseo que usted sea mi esposa. No tengo nada que ofrecerle, por supuesto; soy pobre y usted tiene todo ese horrible dinero. Pero yo la amo, y seré para usted un esposo amante; esto se lo puedo jurar. Si me acepta como su compañero no le pesará jamás.

El la miró nuevamente, dolorosamente embarazado, sintiendo un verdadero disgusto por sí mismo, acaso sintiendo hasta odio, pero á pesar de todo, experimentando la sensación íntima de una confianza ciega en su dominio sobre ella. Su delicado busto sacudido aún por los sollozos se serenó un tanto, pero bien pronto se dió vuelta del otro lado para no estar cerca del rostro de Rogerio. Y dijo con voz alterada:

—¡Vaya á decirle esto mismo á Elsie Maddison!

Infinitamente aliviado con esta salida, Rogerio prorrumpió en una risa franca, aunque de rabia algo nerviosa.

—¡Por cierto que no sería poco su apresuramiento en enviarme á pasear! Algo atrasadóna llegaría mi proposición. ¿Sabe usted de qué hemos estado conversando durante todo el tiempo, Daphne?

—Ni me importa,—dijo Daphne presurosamente, mostrando una cara aún un tanto esquiva.

—Y bien, yo quiero, necesito probarle su error,—gritó Rogerio con tono triunfante, y sacando de las profundidades del bolsillo de su americana, la famosa "carta de mi tutor". Rogerio la leyó en voz alta mientras Daphne permanecía en la apariencia indiferente. En ella daba cuenta de la venturosa concertación del enlace de Herbert French con Miss Maddison, un feliz acontecimiento que había tenido lugar en Inglaterra, durante el feriado oficial de la Universidad de Eton, ya hacía más de un mes á la fecha.

—Y bien,—exclamó alborozado Barnes una vez que terminó la lectura de la carta, durante todo el tiempo, pero absolutamente todo el tiempo ella no hablaba una sola palabra que se refiriera á otra cosa que al excelente Herbert, al incomparable Herbert, y cuán hermoso era, cuán noble, cuán inteligente, y Dios sabe cuánto más alrededor del mismo estribillo. Puede creerme que aquello me llegó á hostigar. Por lo demás, tengo entendido que él no es menos trompeta que ella. ¡Oh, Daphne, usted ha sido una ton-tuela!

—Todo esto no quita que sea verdad que usted se ha conducido abominablemente,—dijo Daphne aún irascible.

—No puedo aceptar este cargo suyo,—replicó Rogerio con firmeza.—Es usted quien se ha portado bastante dura. Yo no podía sincerarme ni tan siquiera acercarme á usted. Dicho sea de paso, ¡vaya si usted sabe martirizar á un prójimo! No sé quien pueda darle lecciones en un arte en el que usted tanto descuella.—Pero mientras decía estas palabras la tomaba una mano imprimiendo en ella delicadamente un apasionado beso.

Daphne no opuso resistencia alguna. Su pecho se henchía, se inundaba de la deliciosa quietud que sigue al paso de la tormenta. Y se veía tan adorable, tan dulce, tan deliciosa, en su negligente actitud de niña mimada, sentada en el verde pasto, que hacía destacar con más armonía, aún si se quiere, el delicado tono blanco-lila de su traje, con sus hermosos ojos rasgados, aún húmedos por los effluvis pasionales de minutos atrás, y la suave palpación que imprimía á su busto una morbidez llena de encantos de vida, que el joven se sintió poseído de una pasión muy real y cayó nuevamente á sus pies.

Y ya el gran paso estaba dado, la cosa marchaba sobre rieles. Todas aquellas dulces mentirillas que son de rigor en tales ocasiones fueron dichas y acentuadas con el correspondiente énfasis y espiritualidad del caso.

El desempeñó su papel á las mil maravillas, los bosques primaverales no lo hicieron mal tampoco en el rol que á ellos cupo desempeñar, y Daphne vencida por tantas emociones y conquistada por el amor, poco á poco se fué traicionando hasta abandonarse del todo al embriagador sentimiento que inundaba todo su sér. Y en medio de las risas, charla y caricias cambiadas durante esa media hora inolvidable, hay que decirlo muy alto, en abono de Barnes, él bendecía desde el fondo de su alma todos esos malos ratos que debía á las deferencias para con "amigas de su tutor" que habían preparado este "bouquet final", que compensaba con creces las desazones ya pasadas y olvidadas.

Después de perderse deliberadamente, en medio del bosque, volvieron atrás para reunirse á los demás invitados. Podían oír muy distintamente los sonidos de las conversaciones de los alegres paseantes á través de los árboles que los separaban de su núcleo, cuando percibieron á Mrs. Vernes, que se dirigía hacia ellos. Ella iba sola y no los había visto aún. Sus muy dilatadas miradas hacia arriba, con una fijeza extraviada, como si viera algo invisible para el resto de los mortales pero muy claro para ella. La amargura, la angustia, el horror que se pintaba en la expresión de su mirada, le daban un aspecto tal de duende, de aparición, que arrancó una exclamación de parte de Rogerio.

—¡Parece Mrs. Verner que se acerca! Sí, es ella, ¡pero qué feo aspecto tiene!

Daphne se detuvo un instante, giró su mirada y se estremeció. Lo arrastró á un lado, á través de los árboles.

—Vámonos por otro camino, Magdalena es á veces tan rara!—Y con un supersticioso impulso deseó que el rostro de Magdalena no hubiera sido el primero en saludarla en la aurora de su dicha.

PARTE II

TRES AÑOS DESPUES

"L'occasion fait le larron"

CAPITULO V

En el elegante salón de Heston Park dos señoras tenían una animada conversación. Una de ellas era una dama muy conservada que podía tener unos cincuenta años de edad; su rostro era ovalado, de buenas facciones, una barbilla que hacía un gracioso pliegue, cabello gris, abundante, dispuesto en ondulados "bandeaux" sobre una frente preñada y amplia que sugería la impresión evidente de firmeza de carácter, y un par de ojos negros centelleantes... Lady Barnes se movía y hablaba con autoridad; era ostensible que ella estaba habituada á ello; que no había hecho otra cosa durante toda su vida; que sus años se habían deslizado en medio de ese ambiente de fausto y mando inherente á la elevada situación social y holgura económica de que siempre había disfrutado; arrastrar riquísimos trajes de seda sobre alfombras de Persia; contratar cocineras con sueldos subidosísimos y descansar en la honorabilidad de proveedores inescrupulosos, cuya obsequiosidad resultaba costar un ojo de la cara, dedicando una atención estricta á las pequeñas economías domésticas durante todo el tiempo, economías que sumadas no alcanzaban á subir á una cantidad de 10 libras esterlinas durante todo el año; imponer su voluntad tanto dentro de su casa, como afuera, sobre el capellán de la parroquia; emitir su opinión con respecto á tal ó cual obra y contar con la seguridad de hacerla valer ante todos, sin discusión; abstenerse de toda controversia política, por ser aquello impropio para su sexo y oponer á este vacío en la conversación una erudita, filosófica argumentación en la dilucidación de los problemas religiosos relacionados con la salvación del alma é interpretaciones de la voluntad divina. Pertenecía á un tipo psicológico muy inglés, el más entendido en todas las clases sociales de Inglaterra, completamente inofensivo y aceptable si las cosas andan bien; pero muy susceptible de ser agriado y torcido por la adversidad.

Y Lady Barnes había conocido la adversidad. No en su último ni por mucho tiempo; pero en su opinión, lo suficiente para estar autorizada á declarar, con convicción, que había sido sometida á "duras pruebas" de las cuales había triunfado gracias á su inespugnable filosofía cristiana que le había servido de baluarte. Ella no dudaba, ahora, que todo había pasado, que la Divina Providencia sabe lo que hace y que había sido una etapa desagradable, pero imprescindible para la evolución de ésta de bienestar que se iniciaba. Verdad que ella no dejaba de reconocer que su desgracia habría podido ser más completa, pues en total no había durado sino un año, durante el cual, mal que mal, se había sostenido perfectamente, y en seguida, el casamiento de su hijo con Daphne Floyd la había libertado en absoluto de todo malestar económico. Porque, á fuer de buen hijo, el primer acto de Rogerio había sido señalar á su madre una bonita pensión, y las depuradoras costumbres de un año, sumamente antipático, habían sido prestamente abandonadas.

No obstante, el aspecto de Lady Barnes, esta suave tarde de otoño no era muy placentero, y su compañera, se esforzaba, no sin cierto ostensible embarazo, tanto en suavizar una manifiesta irritación como en evadirse de las confidencias que la madre de Rogerio parecía tener prisa en comunicarle. Elsie French, á quien la sociedad de Washington había conocido como Elsie Maddison, atravesaba ese florido período de los primeros años de la vida de casada, en que todo lo que había de adorable en la adolescente parecía estar aún latente, idealizado, ennoblecido por la admirable labor transformadora del amor y de la maternidad, cuya acción modificadora imprime su sello milagroso en las más delicadas manifestaciones del alma y del cerebro. Con su traje de tarde, de armoniosa, delicadísima seda rameada, con un ligero detalle de austeridad en el cuello y puño de amplia muselina, su ondulado cabello castaño sencillamente partido al medio, y recogido elegantemente, formando un marco del más puro clasicismo á una cabecita bien conformada, su boca un poco contraída; su cejas levemente enarcadas á influencias del contagio del descontento que experimentaba Lady Barnes, constituía ella una visión verdaderamente encantadora. No obstante, detrás de esta apariencia general de dulzura, se ocultaban, y Lady Barnes lo sabía muy bien, cualidades y características de una singular fuerza moral.

El caso era que Lady Barnes había iniciado sus quejas y no era posible detenerla.

—Usted juzgará, mi querida Mrs. French,—decía en voz baja y rápida, dirigiendo continuas ojeadas á la puerta,—la cuestión es que no hay que complacer á Daphne, ella no está nunca satisfecha. Se forja en su cerebro no sé qué irrealizable ideal, y á esa extravagancia hay que sacrificarlo todo. Empezó por entregarse al más exagerado éxtasis ante esta vieja mansión y todo lo que á ella pertenecía y ahora escasamente hay algo que ella no quiera modificar. Antes todo era admirable y á su juicio *insustituible*. Mi pobre Eduardo y yo hemos invertido miles y miles en hermosearla y reunir en ella todo el confort que puede proporcionar el dinero inteligentemente invertido, y nosotros teníamos la pretenciosa creencia de conocer algo de buen gusto; pero todo esto no ha resistido al refinado capricho de Daphne.

(Continuará)